

La primera vez...

Nueve pequeños editores hablan de su primera publicación

Gustavo Puerta Leisse

Entusiasmo. Quizás sea éste el motor común de las nueve pequeñas editoriales que a un lado y otro del Atlántico se han propuesto en distintos momentos históricos, en diferentes entornos sociales o económicos y con variados planteamientos, el oficio de producir libros de calidad para nuevos lectores. Sí, son editoriales que se dirigen a nuevos lectores. Su destinatario puede ser el niño que comienza a pasar sus primeras páginas, el joven susceptible de ser seducido por un libro que se escapa de la reiterada homogeneidad comercial o el adulto que hasta entonces no se sentía identificado ni representado por la oferta literaria existente.

“Nuevos libros para nuevos lectores” parece ser la tácita consigna de esta variopinta comunidad de artesanos del libro. No están todos los que son pero los que están son. Editores que respetan al libro, al autor, al ilustrador, al traductor y al lector. Editores que han creado su propio espacio en las estanterías y en las mesas de noche. Editores independientes que día a día afrontan obstáculos comunes y otros, más folklóricos, propios de la geografía donde ejercen su profesión. Pero en este dossier no hemos querido centrarnos en las dificultades presentes, pasadas o futuras que interfieren e incluso tambalean su empresa editorial. Más bien, hemos optado por reflejar ese impulso inicial, ese pasado amateur, ese primer obstáculo que de un modo u otro cada uno de ellos superó al publicar su primer título. Agradecemos a Barbara Fiore, Vicente

Vilana, Verónica Uribe, Iliana Lotersztain, Esther Rubio, Vicente Ferrer, Peggy Espinosa, José Díaz, Arianna Squilloni y Juan Luis González que nos hayan hecho partícipes de esa experiencia iniciática y, sobre todo, que publiquen libros que dignifican la oferta editorial.

Barbara Fiore

Nuestro primer libro lo sopesamos durante un largo periodo, lo estudiamos cuidadosamente una y otra vez, y preparamos su edición con un margen de tiempo que nunca más nos podremos permitir... Pero aun así, ¡nos equivocamos!

De entre los que disponíamos, *El taller de las mariposas* nos pareció que era el título más indicado para iniciar nuestra actividad como editorial. Reunía dos requisitos que, por aquel entonces, creíamos indispensables para empezar a definir nuestra línea editorial. Por un lado, es una buena historia, bien escrita. Por otro, tiene unas ilustraciones magistrales. Requisitos, dicho sea de paso, en los que ya no creemos: ya no queremos seguir ninguna “línea editorial” y tampoco consideramos que una buena historia tenga por qué ser escrita. De hecho estamos a punto de publicar dos Historias (sí, con mayúscula) fantásticas, increíbles, magistrales... ¡sin palabras! En ellas, la narración se basa exclusivamente en la ilustración. Con esto no queremos decir que renunciemos a la palabra escrita, ni que

vamos a hacer con la literatura lo que la literatura ha hecho con las ilustraciones. No. Decimos simplemente que para contar una historia es tan válido narrar con imágenes como narrar con palabras. Dicho esto, no será de extrañar que algún día nos decidamos a publicar libros no ilustrados.

Volviendo a *El taller de las mariposas*... No llegó por casualidad a nuestras manos, ni fue fácil de negociar. La correspondencia con su autora, Gioconda Belli, duró meses y las negociaciones con la editorial Peter Hammer no concluyeron hasta que no me senté frente a frente con ella en la Feria de Bolonia en marzo del 2004, casi un año después. El problema principal radicaba en que el libro ya había sido publicado con anterioridad en español, diez años atrás, y nadie parecía tener claro a quien pertenecían los derechos. Tanto el ilustrador Wolf Erlbruch como Gioconda fueron de gran ayuda para conseguirlo, pues ambos intercedieron positivamente en la consecución de este título para mi fondo.

Pero, una vez conseguidos los derechos, se nos plantearon varias disyuntivas para las que, como el tiempo nos demostró, no estábamos preparados. Por ejemplo: ¿qué tirada teníamos que imprimir 5.000 ó 3.000? El precio por unidad de 5.000 era tan atractivo que en ningún momento nos paramos a pensar que la inversión total era excesiva, por no hablar de los costes de almacenamiento que aun hoy sigue generando esa edición. La inexperiencia nos pudo, porque además estábamos convencidos de que íbamos a venderlos todos en un periodo no superior a los tres años. Aún no se ha demostrado cuán equivocados estábamos pues en septiembre cumpliremos tan solo dos años de fundados. Y aunque *El taller de las mariposas* sigue vendiéndose muy bien y generando buena prensa para la editorial, no creemos que para nuestro tercer aniversario hayamos vendido tan siquiera la mitad.

De cualquier forma es un libro que nos ha dado muchas satisfacciones y que nos ha abierto muchas puertas. Además de ser nuestro primer libro, fue también el primero que publicamos de Wolf Erlbruch, de quien ya llevamos en catálogo cuatro títulos (*El taller de las mariposas*, *El nuevo libro del abecedario*, *El libro del abecedario* y *La Creación*), y del que ya estamos preparando un quinto, *Olek*, escrito por Bart Moeyaert

(*La Creación*) y que verá la luz la primavera de 2007. Nada mal si consideramos que Elbruch recibió este año el Premio Christian Andersen y que está considerado por muchos como el mejor ilustrador de libros infantiles de todos los tiempos. Por cierto que ésta es la primera vez que Elbruch ilustra dos libros del mismo autor, y por si eso fuese poco, uno detrás del otro.

Es un libro que se ha vendido muy bien a las bibliotecas no sólo en España, sino también en otros países como Alemania o Chile. Es un libro muy bello, que queremos mucho.

Hoy en día hacemos tiradas de 3.000 ejemplares como estándar, habiendo incluso impreso 2.000 ejemplares de algún que otro título. Por lo general 1.500 van directamente a las distribuidoras. Son siete en total, aunque en un principio sólo dos apostaron por nosotros. ¡Es muy difícil vender un libro de una editorial que aún no tiene fondo! Gracias a Kalandraka y a MADE, pudimos distribuir *El taller de las mariposas* y, por supuesto, le damos las gracias también a las muchas librerías y a todos los que de una u otra forma creyeron en nosotros. Sin ellos no habríamos podido salir adelante.

Aún lo recuerdo con cierto cariño y me ruborizo pensando en cómo me desviví para promocionarlo. Yo, que me considero la persona más tímida del mundo, llegué incluso a participar en un concurso televisivo para jóvenes empresarios, llamado *Generación 21*, estando embarazada de mi segundo hijo. Nunca podré transmitir el miedo escénico que sufrí en aquella ocasión o cómo, cuando días más tarde me entrevistaron en un programa radiofónico, apenas pude gesticular monosílabos. Siempre por *El taller de las mariposas*.

Ni siquiera con *El árbol rojo* de Shaun Tan he dedicado tanto esfuerzo ni se han producido tantas anécdotas, y eso que es sin duda el libro que mejor hemos vendido (dos ediciones en menos de un año) y el que mejor ha sido aceptado por críticos, libreros y lectores. Recuerdo ahora cuando ingenuamente envíe *El taller de las mariposas* a la prensa, a los críticos de literatura infantil. Decía así:

“Estimados amigos, tengo el placer de presentaros –al unísono que mi persona propia y mi editorial nueva, fresca e inmadura, pero ya dulce y bien formada– esta primera

publicación, tan bella como dolorosa ha sido su gestación, que da inicio a una serie ya en camino; si bien se irán acercando por senderos de a pie y no por las autopistas de que disponen las grandes nodrizas, las reinas del mercado clónico del papel estampado.

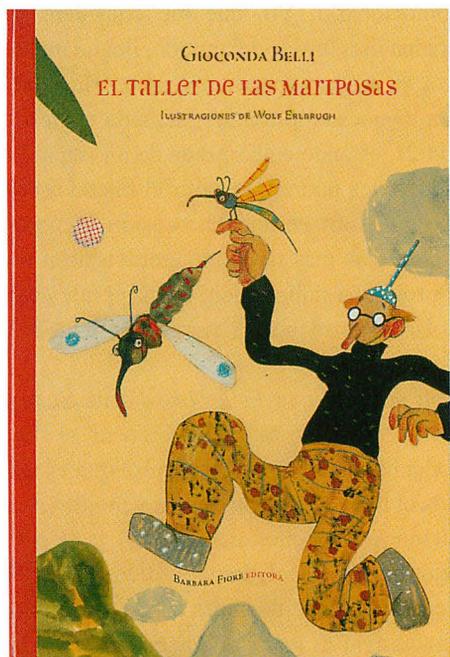
No serán todas iguales y puede que ni se parezcan, y no me refiero sólo a las formas sino más bien a los contenidos. Como tampoco estoy segura de que nacerán de mi editorial todos los títulos que llevo dentro, buscados, encontrados y negociados hasta la insensatez; algunos incluso abandonados por imposible.

Arduo y costoso este oficio de publicar que me ha enamorado tan perdida e irremediabilmente, hasta la última y más extrema de mis pasiones.

Ya os iré informando conforme vayan naciendo mis vástagos, que serán siempre hijos de otros por mi adoptados, en forma de embrión o clones de otras lenguas, renacidos como este que ahora os llega, o primerizos inocentes, como es el caso de mi próxima presentación.

Os pido sólo que le deis una oportunidad, son buenos libros”.

Barbara Fiore
www.barbara-fiore.com



El taller de las mariposas
Gioconda Belli, ilustraciones de Wolf Erlbruch
Jerez de la Frontera: Barbara Fiore Editora, 2004

Diálogo infantil

“¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?” cantaban los Burning al personaje que encarnaba Carmen Maura en una famosa película de los 80. Algo así podría cantar al unísono el fondo editorial de Diálogo –todo es posible– a estos “Libros Muy Ilustrados”. Y es que no deja de ser extraño que una editorial que se dedica fundamentalmente a la divulgación filosófica y al libro de texto de bachillerato, decida un buen día iniciar una colección de libros llenos de colores embriagadores y de palabras con delicados aromas destinados –dicen– a los pequeños.

¿Que cómo fue aquello? No lo sé exactamente. Sólo recuerdo que en el pequeño despacho donde leíamos originales, corregíamos galeradas y osábamos maquetar algunos de nuestros libros de texto corrido, negro sobre blanco, algo así como un relámpago repentino irrumpió sin avisar. Y después todo fue luz: la luz feliz de los poemas de Pedro Villar y la emoción de los primeros dibujos de Miguel Calatayud.

O quizá no fue así exactamente. Quizá hubo una reunión editorial rutinaria en la que se debían proponer nuevos proyectos, nuevas líneas de producción, y alguien –al parecer poco experto en el negocio editorial– pensó en el álbum ilustrado, un género que algunos, por aquel entonces en edad de criar, gozábamos en la intimidad. Pero no se oyeron chanzas ni reproches ni caras de extrañeza; antes bien se nos iluminó la bombilla como sucede en los comics cuando a algún personaje le asalta una idea original. En nuestro caso se despertó esa ilusión propia del lego, que brota del mismo centro de su gran ingenuidad, y que llega a ocupar día y noche los pensamientos.

Después –y aquí comenzó realmente el viaje– pensamos en Miguel Calatayud, a quien conocíamos desde hacía tiempo, le propusimos la idea y le pedimos su colaboración. Miguel nos puso los pies en el suelo, nos avisó de las dificultades que vendrían, de los problemas del mercado, pero al tiempo nos contagió sutilmente un sólido entusiasmo que provenía de su indiscutible sabiduría y de su enorme oficio. Su compromiso con el proyecto fue, desde luego, la pieza clave para embarcarnos.

Tocaba ahora definir la propuesta: el título de la colección era fundamental pues debía expresar la filosofía de la misma. Tras una larga lista de nombres, de votaciones de los amigos, de días enteros rumiando palabras y disparates, nos decidimos por LIBROS MUY ILUSTRADOS. Una magnífica declaración de intenciones, seguimos pensando hoy: en la polisemia de la última palabra nos gustaría que se reflejasen cada uno de nuestros títulos presentes y futuros.

Estábamos convencidos, además, de que vivimos en un país con una creatividad plástica excepcional y que, por tanto, debíamos centrarnos en producir a autores de nuestro país, tanto consagrados o habituales como todavía desconocidos. La producción propia, por consiguiente, fue desde el comienzo otra de las ideas reguladoras de nuestro proyecto. Así lo han confirmado álbumes posteriores: Alberto Gamón, Cintia Martín, o Carmen Ramírez junto a Miguel Calatayud, Enrique Flores, Carles Arbat o Claudia Legnazzi. También en lo que concierne al texto hemos tenido la suerte de publicar, hasta el momento, a autores como Daniel Nesquens, Antonio Ventura, Pedro Villar, Ana-Luisa Ramírez, Fernando Martos o Jordi Botella. Y ello implicó estar abiertos a tendencias y estilos dispares, tanto en lo literario como en lo plástico. La pluralidad estética debía ser otra bandera del proyecto.

Luego vino todo lo demás: el diseño de colección, el tipo de letra, más intenciones... y, sobre todo, garantizar la calidad de cada uno de nuestros títulos.

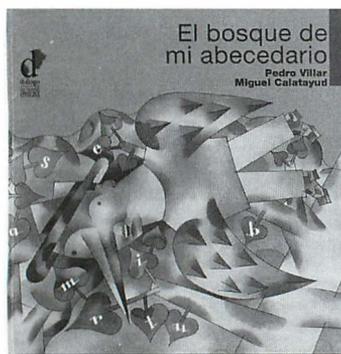
Pero ¿qué es eso de la calidad? Difícil pregunta propia de expertos en cátedras universitarias de literatura infantil y de críticos estudiosos del tema. Desde nuestra posición, quizá convendría limitarnos a ponernos en el lugar del lector y considerar a éste (sea niño o adulto) como un ser inteligente que es capaz de distinguir y disfrutar la belleza de un texto literario, de apreciar ciertas metáforas que iluminan partes desconocidas de la realidad, que es capaz de emocionarse ante una frase, una imagen, un personaje, de disfrutar de la sensación placentera que emana de la combinación cromática de una página. O, por el contrario, estar seguros de que la simpleza, la cursilería, el aburrimiento, la superficialidad, no merecen nunca la pena.

A la vez que nos ocupábamos de estas cuestiones primordiales, Miguel llegó un buen día con unos poemas de Pedro Villar –un posible primer título– y se ofreció, en caso de que nos gustaran, a ilustrarlos. El poemario de Pedro, titulado originalmente *Versos para dormir estrellas*, tenía una extensión considerable, inapropiada para las características de la colección. Pero entre todas sus páginas podía intuirse un libro magnífico que hundía sus raíces en el juego con el lenguaje y que desplegaba sus ramas en forma de música, de ritmo, de adivinanzas, de palabras que se columpian buscando traspasar sus límites o de letras que deciden arrogarse papeles que nadie les ha otorgado.

Tras una selección de los poemas más bellos, más adecuados al formato y a la intención de la colección, Miguel Calatayud se puso manos a la obra con las ilustraciones y sucedió lo imaginable: podemos pensar en aquella típica escena de un padre fumando compulsivamente tras la puerta del paritorio. Así nos sentíamos antes de ver nacer a nuestro primogénito. El resultado fue *El bosque de mi abecedario*, un libro que sigue teniendo una acogida tan cálida como el primer día.

Y, para acabar: reflexiones sobre el resultado, textos que nacieron de la contemplación gozosa de la criatura y que querían sumarse a la fiesta. Fragmentos que no encontraron su lugar escrito y que resultaron ser simplemente fugaz alegría:

“Este libro no cuenta ningún cuento pero sí tiene protagonistas. Los personajes no son el tal Ramón empeñado en rimar rimas ni la princesa de los garbanzos. No. Este libro trata de letras y palabras. Letras y palabras que juegan a combinarse. Un juego al que te invitamos a participar. Veamos: ¿has pensado alguna vez en las palabras que más te gustan? ¿Y las que menos? ¿Te has fijado en que contemplada en un espejo la letra **m** sigue siendo **m** y en cambio la letra **b** se convierte en **d**...? Las palabras nombran las cosas y nos permiten imaginarlas sin representarlas tal como son. Sí estarían representadas tal cual en los dibujos y fotografías de un libro científico. Aunque lo más corriente es que un dibujante represente las cosas no como son sino como él quiere que sean. ¿No es estupendo? Cada cual puede ver la realidad según le plazca. Y para terminar, un secreto: los poetas quieren volar, ver el



mundo desde arriba, lo más alto posible, que sus palabras suenen como notas musicales, como trinos. Los poetas quieren ser pájaros”.

Vicente Vilana
www.editorialdialogo.com

El bosque de mi abecedario
Pedro Villar, ilustraciones de Miguel Calatayud
Valencia: Diálogo, 2003

Ekaré

Es difícil hablar de un primer libro en Ediciones Ekaré porque, en realidad, hubo varios.

El primero que apareció a la venta con el sello de Ediciones Ekaré se llamaba *La expedición*, y esto fue en junio de 1978. Era un libro sin palabras del autor-ilustrador alemán Willi Baum. Compramos los derechos al español y éste fue el estreno de las traducciones que hemos seguido haciendo a lo largo del tiempo.

La historia nos mostraba un barco a vapor que llega a una isla inexplorada y, al parecer, también deshabitada. En la cima de la colina, sobre la selva tupida, un hermoso templo. Los marinos, al mando del capitán, suben a la colina, desarmen el templo y bajan con las columnas, los capiteles, las estatuas. Pero al llegar a la playa ¡oh! sorpresa... el barco ya no es el mismo, algo ha cambiado: las chimeneas han desaparecido. Y cuando el barco se aleja con los marineros remando, al fondo se divisa la colina donde ahora lucen, en lugar del templo, las chimeneas del barco.

Como americanas nos gustaba, en primer lugar, esa revancha sigilosa de unos seres invisibles (los indígenas no se ven nunca en las ilustraciones), y ya puestas a pensar, nos parecía interesante abrir la discusión acerca

de los trasvasijos culturales, lo primitivo y lo “civilizado” y otros alcances de este libro sin palabras.

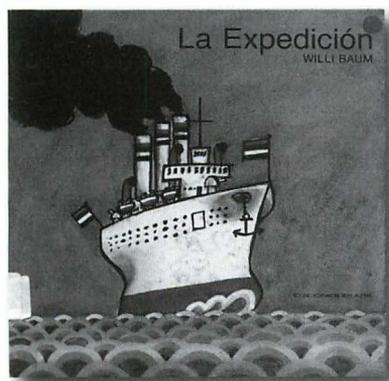
Pero el primer original, que salió unos meses más tarde, fue *El rabipelado burlado*, una leyenda de la etnia pemón. (Ya sabemos que rabipelado tiene otro significado en España. En Venezuela se le llama así a unos marsupiales muy comunes en todo el país.) Habíamos trabajado en las bibliotecas del Banco del Libro con leyendas de las diferentes etnias que viven en territorio venezolano y las de los pemón eran las más exitosas entre los niños. Con Carmen Diana Dearden hicimos el delicado trabajo de adaptación de las transcripciones orales de los informantes a un lenguaje escrito, cuidando no tergiversar, no desvirtuar.

La historia explicaba por qué estos marsupiales, burlados por las aves que son su comida favorita, deben aprender a comer de todo.

Una coincidencia: el tercer hijo de Carmen Diana nació el mismo día que *El rabipelado burlado* salía de la imprenta. Durante muchos meses al bebé se le apodó el rabipelado.

Pronto teníamos a la venta la segunda de estas leyendas: *El cocuyo y la mora*, una historia de amor y despecho que ha sido uno de los libros más exitosos de la editorial. Con estos primeros originales nos enfrentamos como amateurs a la tarea de poner juntas palabras e imágenes. Iniciamos el recorrido exigente y apasionante del libro ilustrado.

Y de esos primeros libros, el que más nos satisface es *Margarita*, el famoso poema de Rubén Darío. Y quedó así de bien porque Monika Doppert, la ilustradora y nuestra directora de arte en esos años, le dio el sesgo propio de un álbum donde las ilustraciones no sólo dicen más que el texto, sino que incluso lo transforman. Así, la princesa



caprichosa de Darío se transforma en una niña voluntariosa que sale “sin permiso del papá” a realizar sus sueños.

Verónica Uribe
www.ekare.com

La expedición

Willi Baum
Caracas: Ekaré, 1978
Descatalogado

El rabipelado burlado

Fray Cesáreo de Armellada,
ilustraciones de **Vicky Sempere**
Caracas: Ekaré, 2004

Margarita

Rubén Darío, ilustraciones de **Monika Doppert**
Caracas: Ekaré, 2004

lamiqué

Un encuentro que tenía que ocurrir

Aunque fueron al mismo jardín de infantes, al mismo colegio secundario y a la misma facultad, se conocieron cuando ya eran profesionales: Licenciada en Biología –Ileana Lotersztain– y Licenciada en Física –Carla Baredes–. Fue a comienzos del año 1997, mientras tomaban un curso de especialización en divulgación científica. A partir de ese momento comenzaron una fructífera relación profesional que incluyó, entre otras cosas, el asesoramiento mutuo, la lectura crítica y la redacción de varios trabajos en colaboración. En 1999, y como consecuencia de las abultadas facturas de teléfono que ambas pagaban, Carla trasladó su computadora, su escritorio y sus libros al lugar de trabajo que tenía Ileana en la casa. En ese simpático desván, además de poder hablar “cara a cara”, descubrieron un pasado compartido y también un deseo compartido: escribir un libro de ciencias para chicos, ameno, divertido y moderno que se leyera por el mero placer de leer.

Aunque sabían bastante poco del mundo editorial, eran conscientes de que “escribir un libro” no significaba solamente escribirlo. ¿Cómo debían ser las ilustraciones y el diseño? ¿A qué editorial podía interesarle publicar un libro como el que ellas imaginaban? ¿Por qué en las librerías casi no había libros con esas características? ¿Estaban dispuestas a “deambular” en busca de un editor?

¿Y cómo era ese libro?

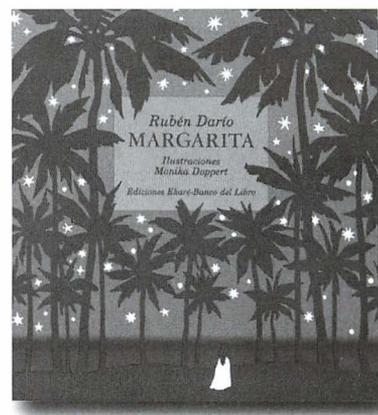
En tanto que era un libro pensado para chicos, Ileana y Carla estaban convencidas de que debían tomar prestadas alguna de las características de esos chicos. Por eso imaginaron un libro desprejuiciado, informal, desestructurado... sorprendente. En sintonía con ellos, no le temían a los colores estridentes ni a las ilustraciones jocosas. Y con respecto a la estructura... creyeron lícito “irse por las ramas”, y decidieron darse algunas licencias para contar lo que, en apariencia, no tuviera “nada que ver” con el tema.

También creyeron fundamental tener presente que, mientras lee, un chico es capaz de “leer” mucho más que un adulto: la forma de las letras, los dibujos, los colores, los destacados, los recuadros. Y por eso consideraron que el diseño debía cuidarse tanto como los contenidos. Y, por supuesto, también era fundamental que las ilustraciones agregaran, completaran, divirtieran y tuvieran valor en sí mismas. Después de todo, no había que olvidar que el chico al que querían dirigirse reconoce las letras desde mucho antes de saber leer, distingue los logos, es el rey del zapping, tiene sus propios canales de TV, identifica marcas, reconoce una publicidad en un microsegundo. Entonces, ¿cómo podía interesarle un libro opaco, monótono, solemne, aburrido, como el que leían los chicos de hace 20 años?

Sólo faltaba llamar a Javier Basile: diseñador gráfico, ilustrador y fan del cómic. Un tipo culto, entusiasta, desafiante, innovador y amigo de ambas. Lo llamaron, le contaron el plan, ¡y dijo que sí!

Nace una idea

Página /12, un diario de alcance nacional, en aquel momento regalaba libros para niños con la edición de los sábados. Eran libros pequeños, de 16 páginas, de narrativa. Ileana, que era colaboradora de la sección de ciencia del diario, presentó una propuesta: regalar libros para niños con la edición de los sábados, pequeños, de 16 páginas, pero de divulgación científica. Y para mostrar de qué estaban hablando, presentaron el modelo del primer libro de la serie, redactado por ellas, ilustrado y diseñado por Javier, cuyo título era: *¿El agua moja?* (pregunta



inspirada en otra que un niño había hecho a Carla en la playa: “¿Por qué moja el agua?”)

El entusiasmo que generó la propuesta fue evidente, así que siguieron adelante con otros títulos, mientras la gente del diario se ocupaba de analizar cómo financiarían la publicación de los “fascículos de ciencia”. Escribían en los ratos libres, con mucho entusiasmo, con una única restricción: que los temas elegidos fueran “enganchables” unos con otros, de modo que si finalmente el proyecto no se ponía en marcha, el material pudiera ser reutilizable para presentarlo “en forma de libro”.

A *¿El agua moja?* le siguió *¿El agua limpia?*, después escribieron *¿El agua apaga el fuego?* y finalmente *¿De qué color es el fuego?* Estaban encantadas con lo que habían logrado hacer, cada vez más entusiasmadas con los resultados, pero el diario seguía sin contestar...

¿Y por qué no?

Para evitar que todo el trabajo quedara olvidado en un cajón, Carla e Ileana tomaron una decisión: los 4 fascículos tenían que convertirse en un libro. El posible libro ya tenía 64 páginas (divididas en 4 capítulos), estaba escrito, ilustrado y prácticamente diseñado, y era exactamente como ellas se lo habían propuesto: ameno, divertido y moderno. La segunda decisión a tomar era un poco más delicada: ¿buscaban una editorial o lo publicaban por su propia cuenta?

La posibilidad de editarlo ellas mismas era la que más les tentaba, pero lo cierto era que la realidad argentina indicaba que no era el momento de embarcarse en tal emprendimiento: la mayoría de las editoriales quebraban o eran absorbidas por enormes empresas transnacionales, con muy poco anclaje en la producción nacional. Lo “propio” tenía muy poco valor y, por el contrario, lo “de afuera” tenía deslumbrada a la mayoría de los argentinos.

Con tantas razones en contra, decidieron consultar con “los que saben” antes de tomar la decisión final. Éste es el resumen de las opiniones que recibieron:

Dijo un editor exitoso: “Solas no van a poder”.

Dijo un distribuidor: “Si no invierten en publicidad, no van a vender ni un libro”.

Dijo el gerente de una cadena de librerías: “No se puede salir al mercado con un solo título”.

Dijo el director del diario: “Dejen de jugar a las empresarias y sigan escribiendo para mí”.

Dijeron ellas, finalmente: “Y a mí... ¿qué?”, y se atrincheraron en el desván a terminar de darle forma al libro. Así nació *Preguntas que ponen los pelos de punta 1 –sobre el agua y el fuego–*, un libro al que le pusieron un “1” en la tapa para demostrar (y demostrarse) que tenían el firme propósito de seguir adelante. Y así nació también ediciones Iamiqué, un sello que a pesar de salir al mercado con un solo título y pésimos pronósticos tenía un objetivo muy ambicioso: hacer los libros de divulgación científica infantil más lindos, más divertidos y más creativos del mundo.

Valió la pena

Por suerte, fueron muchos los “irracionales” (aparte de ellas mismas) que creyeron que ediciones Iamiqué era un proyecto que tenía que arribar a buen puerto. Poco a poco fueron llegando las recomendaciones en los medios, se multiplicó el “boca a boca”, se agotó la primera edición y empezaron a recibir el invaluable reconocimiento de los lectores.

A 6 años de aquella aventura, *Preguntas que ponen los pelos de punta 1 –sobre el agua y el fuego–* va por su 7^o edición. Ha sido traducido al portugués y fue incluido en los planes nacionales de lectura de Argentina, Chile, Cuba y México. Ha ganado el Primer Premio del certamen “Los libros mejor editados e impresos en la Argentina”, otorgado por la Cámara Argentina de Publicaciones, y ha recibido una “Mención especial del Premio Fantasía Infantil 2000”.

Y ha sido la piedra fundamental de una editorial que a la fecha tiene 18 títulos, varios e importantes premios y reconocimientos, varios títulos traducidos al coreano y al portugués, muchos títulos incluidos en los planes de lectura de varios países de Latinoamérica, es referente en divulgación científica infantil y cuenta con el reconocimiento de editores, especialistas y lectores.

Pero hay algo todavía más valorable y es el hecho de que los lectores sienten a Iamiqué como un proyecto del que forman parte. Casi todos los días llegan a la editorial mensajes electrónicos y cartas con contenidos de lo más variados: preguntas –“¿por qué el café quita el sueño y el vino da sueño?”–,

adivinanzas y humoradas “para que pongan en algún libro”, propuestas editoriales –“hagan un libro que cuente cosas raras del Universo”–, críticas a determinadas cuestiones –“no me gustó lo que contaron del escorpión porque me dio miedo”–, compartir alguna noticia –“mañana tengo que leer en un acto de la escuela una poesía”–, felicitar a las autoras –“díganles a Carla e Ileana que me mato de risa con sus libros”– o, simplemente, presentarse –“Me dicen Lula y tengo un hermano y un gato sin cola”–. Carla e Ileana contestan puntualmente todos y cada uno de los mensajes, porque, según afirman satisfechas, “no hay nada más gratificante que comprobar que aquellos lectores que imaginamos se corporizaron y nos eligieron”.

Iliana Lotersztain
www.iamique.com.ar



Preguntas que ponen los pelos de punta 1

Carla Baredes e Iliana Lotersztain,
ilustraciones de **Javier Basile**
Buenos Aires: Iamiqué, 2000

Kókinos

Kókinos saltó al ruedo editorial con un libro que fue publicado por primera vez en Alemania en 1905: *Los niños de las raíces*, escrito e ilustrado por Sybille von Offers, una fascinante mujer.

Yo conocía el libro desde hacía años y en mi primera visita a la Feria de Bolonia lo encontré en el stand de la editorial alemana Schreiber. Lo estaba ojeando y se me acercó la editora y comenzamos a charlar. Le comenté que estaba planeando la creación de una editorial de libros para niños y que este libro tenía un significado muy especial para mí. Me animó a unirme a una coproducción, aprovechando que ellos lo reimprimían en breve. Me sorprendió que estuvie-

ran libres los derechos para lengua española, ya que estábamos hablando de uno de los libros ilustrados más reputados de la literatura infantil europea; un álbum de cabecera muy significativo, de aquellos que reivindicaban que toda obra literaria para niños es una obra de arte.

Y volví a Madrid prácticamente con el contrato firmado en mano, sin saber lo que era un fotolito, una guarda, un ferro, un código de barras...

El siguiente paso era encontrar la traducción adecuada. No era fácil, el original estaba escrito en verso rimado. La suerte me puso delante a la poetisa Julia Castillo, flamante Premio Adonais, que hizo un estupefacto trabajo. Decidimos ambas que era necesario romper la rima para que el resultado no traicionase, o forzase lo menos posible, el texto original.

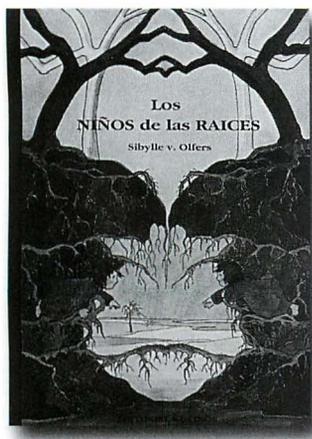
Por supuesto, siendo el primer libro que publicaba, aún no sabía de la existencia del duende de los libros. Ese, que coloca una errata con tal habilidad que a pesar de las muchas lecturas y repasos y cuidadoso amor, nadie la ve, hasta que el libro está impreso... Y si se trata de tu primer libro, el disgusto está servido: “¡Una coma, le falta una coma!” El mundo entero puede caber en una coma.

Un tiempo (no mucho tiempo) después, me encontré el hall de mi casa abarrotada de cajas conteniendo el preciado tesoro. ¡Y ahora tengo que venderlo! No tenía ni idea, desde luego, de dónde me estaba metiendo.

Alguien me recomendó que enviase algunos ejemplares de muestra, a los diferentes diarios y revistas. La sorpresa que me llevó fue doble. Primero, por la acogida de la crítica. El diario *El mundo* publicó un artículo de ¡media página!, dedicada a *Los niños de las raíces*, en el que Carlos Cobo, psiquiatra infantil y especialista en literatura infantil, desmenuzaba la hondura del libro y le daba una dimensión de la que yo era desconocedora hasta entonces.

Como aún no tenía a nadie que me distribuyera aquel “tesoro”, contraté a Claudio, el marido de la canguro de mis hijos, que estaba en paro y era un entusiasta de la vida, para que recorriera las librerías de Madrid intentando venderlo.

Recuerdo que el primer ejemplar lo compró María Fuentetaja (hay cosas que no se pueden olvidar) y que Claudio me llamó por



télefono diciendo: “¡Hemos triunfado! ¡uno, hemos vendido uno!”. Muchas risas...

De vez en cuando, Claudio, que ahora trabaja en un negocio más rentable, me llama y dice: “Hola, soy el niño de las raíces”. Más risas...

Esther Rubio

www.editorialkokinos.com

Los niños de las raíces

Sibylle von Olfers

Madrid: Kókinos, 1992

Media Vaca

No tinc paraules de Arnal Ballester es el primer libro de Media Vaca. Apareció a finales de 1998 junto con otros dos títulos dentro de la colección “Libros para niños”. Los tres libros salieron de la imprenta pocas semanas antes de Navidad y hubo que darse mucha prisa para que unos cuantos ejemplares llegaran a las librerías.

La decisión de publicar ese libro en primer lugar podría interpretarse como una declaración de intenciones y una voluntad de ruptura con modelos establecidos. Sin embargo, ni en aquel momento ni ahora, ocho años después, me siento muy cómodo en el papel de empresario editor, y me cuesta hablar desde esa posición. Desde luego, no me hice editor para dar mi opinión sobre el mercado de la edición, aunque reconozco que cada vez es más difícil evitar la tentación de hacerlo. Me hice editor para publicar *No tinc paraules*, *Narices*, *buhitos*, *volcanes*, *Pelo de zanahoria*, y otros libros que han venido detrás.

Cuando decidí seriamente dedicarme a hacer libros infantiles (¿debería decir: “cuando infantilmente me decidí a hacer libros serios?”), recuerdo que redacté varias listas de posibles títulos y temas. Si existe algo así como una línea editorial tiene mucho que ver con esa lista, que se parece bastante al catálogo actual de Media Vaca y que incluía a Esopo, Julio Verne y Agatha Christie, entre otros entusiasmos. En todas las listas, pasadas a limpio en una bonita libreta, figuraba Arnal Ballester.

Arnal y yo nos conocemos desde el año 1994. Él puso un anuncio en una revista buscando un escritor que inventara historias como las de Saki y yo me apresuré a escribirle para decirle que no era la persona ade-

cuada. Más o menos. Me entusiasma su trabajo y estimo mucho a la persona. Le propuse hacer un libro en el que pudiera dibujar todas aquellas cosas que a él le gusta dibujar. En varias ocasiones hablamos de la trama argumental que, según creo recordar, inicialmente era bastante compleja. Se fue resolviendo y simplificando en sucesivas versiones en las que no participé.

La idea de utilizar como referencia más inmediata los libros sin palabras de Frans Masereel corresponde a Arnal, admirador declarado del autor de *La idea*, *Viaje apasionado* o *La ciudad*. En sus “novelas xilografadas” Masereel no se limita a encadenar acciones y movimientos relativamente fáciles de seguir, sino que incorpora elementos psicológicos para lograr, en palabras de Hermann Hesse, “un retrato de las pasiones humanas”. Un trabajo meritorio, casi milagroso, que ahora mismo se me ocurre asociar a la puesta en escena cinematográfica de *El abanico de Lady Windermere*: su director, Lubitsch, convirtió la comedia teatral de Oscar Wilde, repleta de frases ingeniosas, en una deliciosa película muda.

La otra gran influencia de Arnal Ballester en este libro, la que él considera más importante y que se puede rastrear sin esfuerzo en el conjunto de su obra, es el cine.

La decisión de trabajar con dos tintas era una condición previa, común a toda la colección y en general a todos los libros de Media Vaca. Se trata de una preferencia estética que apela a una determinada tradición gráfica, y otra, digamos, moral, que tiene que ver con el uso de unos recursos limitados y con la preocupación por decir más con menos.

Para quien no conozca el libro, diremos que el protagonista de *No tinc paraules* es un personaje llamado Rifacli (el nombre no aparece por ninguna parte y no tiene mayor importancia, pero se llama Rifacli) que, cual aprendiz de Ulises, se ve arrastrado a una aventura en el interior de un barco donde vive, trabaja o simplemente se desplaza una compañía de circo. Los artistas de ese circo realizan números maravillosos que son los que el propio Arnal hubiera querido ver alguna vez: un faquir que se recuesta en el filo de una gillette gigante, un boxeador que devuelve con los puños las balas que dispara un cañón portátil, etcétera. En ese mundo abigarrado hay un misterio que Rifacli, y el

lector, deberán resolver. Cuando no era el espectáculo soso donde desfilan perros vestidos de primera comunión, el circo ofrecía números capaces de cortarnos el aliento y dejarnos, como a este libro, literalmente sin palabras.

El título *No tinc paraules* quiere decir “no tengo palabras”. En algún momento, hacia el final del trabajo, le hice a Arnal la observación de que un libro con el título en catalán que llega a la librería envuelto en un plástico era posible que permaneciera durante siglos (es decir, durante tres semanas: su vida en la librería) con el precinto intacto en aquellos lugares frecuentados por un público que no lee catalán. Su respuesta me pareció razonable. Según Arnal, siempre, desde el principio, había llamado al libro así (el catalán es su lengua familiar) y si se tradujera el nombre le sonaría extraño y le costaría reconocerlo como propio. Además, podría estar en swahili, en sánscrito o en zapoteco y nada sustancial cambiaría. Y si algún posible comprador que ve sobre una imagen que le interesa un título que no entiende no muestra la suficiente curiosidad como para romper el precinto del libro y asomarse a su interior, es que nunca será un buen lector de ese libro. Que compre otro. A cualquier tonto se le ocurriría –a mí se me ocurrió– que un libro sin palabras, sobre todo si es la obra de un magnífico ilustrador que aplica tanto rigor en su trabajo, debería traspasar incluso las barreras del idioma y llegar al público más amplio posible. ¡Ay, qué ignorancia universal! ¡Si resulta que en todo el mundo la gente que compra libros para los niños lo hace para que éstos aprendan a leer y salgan médicos, notarios o cualquier cosa eminente! Y, cómo no, para leerles antes de dormir y propiciar ese sueño feliz que les hará personas tranquilas y bien-humoradas que, por ejemplo, nunca llegarán a asesinar a sus padres con una motosierra. También, claro está, para que los niños pasen un rato entretenido, cuanto más largo mejor, y así perderlos un poco de vista. (En cambio, un libro sin palabras, ¿cuánto tarda en leerse? ¿cinco minutos? ¿dos?) También se compran libros para que los niños aprendan cosas que les serán muy útiles en la vida; he visto libros que contienen respuestas a todas las preguntas que uno puede hacerse a lo largo de una o de varias vidas. (¿Pero qué ocurre con los libros que no ofre-

cen respuestas sino que plantean más preguntas? ¿A quién le interesa un libro que nos obliga a esforzarnos? ¿Cómo seremos capaces de observar, leer e interpretar imágenes cuando nadie nos enseña a hacerlo? ¿Puede gustarme algo mucho aunque no esté seguro de entenderlo del todo? ¿Qué es lo que debo pensar? ¿Cómo se puede saber si un libro es bueno si no tiene texto?)

En el peor de los casos, siempre puede uno copiar los dibujos y aprender a hacer tigres.

Vicente Ferrer
www.mediavaca.com

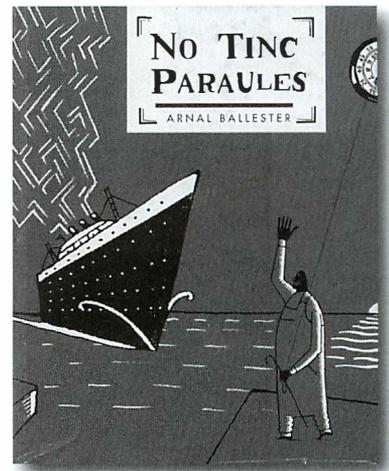
No tinc paraules
Arnal Ballester
Valencia: Media Vaca, 1998

Petra

Petra Ediciones se constituyó en 1990. Fundamos la editorial cinco socios. Queríamos un gran título que encabezara nuestro catálogo de publicaciones para la feria del Libro de Guadalajara de ese año y contábamos con muy poco tiempo, por lo que decidimos comprar derechos. Margarita Sierra realizó el contacto con Peter Hammer Verlag en la Feria de Frankfurt y así fue como *Del Topito Birola y todo lo que pudo haberle caído en la cabeza* de Werner Holzwarth ilustrado por Wolf Elbruch se convirtió en el primer libro de nuestra editorial.

La experiencia fue maravillosa. Publicar como primera novedad de una pequeña casa editorial en Guadalajara (México) un libro que había sido vendido a varios países para ser traducido a varios idiomas era un gran desafío. Se cumplía uno de nuestros sueños: publicar productos de excelencia que ofrecieran a los lectores mexicanos alternativas editoriales no existentes en nuestro mercado. No estábamos seguras de como iba a recibir este ejemplar tan *sui generis* nuestro público, pues podía desatar el enojo de algunos padres y maestros, así como la fascinación de los chicos. Pero, confiando en nuestra intuición, seguimos adelante.

Realizamos varios intentos antes de encontrar al autor de la versión de la traducción definitiva. Era necesario que el humor y el ritmo de la edición original se conservaran y no era tarea fácil, pero Alfonso



Morales logró un texto fresco que encantó a los pequeños lectores.

Del Topito Birolo y todo lo que pudo haberle caído en la cabeza forma parte del acervo del programa de Libros del Rincón desde 1990 y según encuestas realizadas por investigadores quedó en segundo lugar entre los favoritos de pequeños y grandes. El libro salía y entraba de las aulas y las escuelas y pasaba de mano en mano causando gran goce y curiosidad entre sus lectores: maestros, niños de preescolar, primaria y secundaria y padres.

Fueron más de 50.000 ejemplares tirados en varias reimpressiones y vaya que el tema no era fácil por ser tan controvertido.

Esta obra maestra nos enseñó muchísimo acerca de la edición. Tuvimos que escuchar todo tipo de anécdotas, desde las que contaban cómo se convertía en libro de cabecera, cómo se volvía compañero de viaje de jovencitos, cómo se compartía con el abuelo favorito, pero también cómo causaba indignación en algunos padres que opinaban que era de muy mal gusto.

Aprendimos que es posible mirar y escuchar las páginas de un libro.

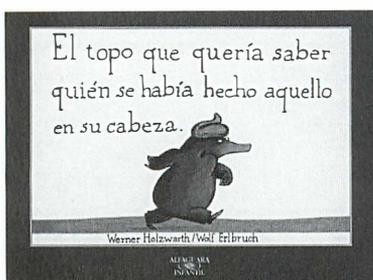
Descubrimos que el libro infantil no es solamente una narración lineal de eventos, sino que existe una realidad multidimensional cuando las ilustraciones, el texto principal y los textos subordinados de diferentes calidades y contenidos trabajan paralelamente. Escuchamos cobrar vida a las onomatopeyas, faltaba poco para poder oler las páginas, sentíamos el disgusto del topito, experimentamos la voz de la tipografía y su capacidad expresiva.

Nos dimos cuenta que los diferentes elementos que aparecen construyen significados muy profundos en los lectores a pesar de ser diversos en costumbres y hábitos.

Actualmente, seguimos agradeciendo y sabemos lo afortunadas que fuimos al publicar *Del Topito Birolo y todo lo que pudo haberle caído en la cabeza* como nuestro primer libro.

Peggy Espinosa
www.petraediciones.com

Del Topito Birolo y todo lo que pudo haberle caído en la cabeza
Werner Holzwarth, ilustraciones de Wof Erlbruch
México: Petra, 1990



Thule

El primer libro de Trampantojo, la colección de libro ilustrado de Thule, debía reflejar varios conceptos. En primer lugar, el proyecto de Thule, nombre de la isla mítica que evoca el lugar último, fronterizo, donde se encuentran la realidad y lo desconocido. En segundo, la idea de romper, de transgredir, de invitar a la fantasía a formar parte de la realidad. Y en tercer lugar, las ganas de ofrecer una nueva forma de contar, de explicar historias, que provocara la sonrisa, la sorpresa, que fuera estimulante, en suma.

Y así cayó en nuestras –diminutas– manos la historia de *El Apestoso Hombre Queso y otros cuentos maravillosamente estúpidos*, un superhéroe en las antípodas de Superman, arrastrando eso que a todos nos ha pasado alguna vez en la vida, cuando creemos que la gente nos rehúye por lo que somos (o por lo que no somos). Y ese superhéroe de olores difíciles nos robó el corazón. Con su título respondón, su versión gamberra de los cuentos tradicionales y la forma en que juega con el arte de narrar y, en consecuencia, con las partes del libro. El índice cae llovido del cielo y sus números “granizan” en otra página, las páginas de cortesía aparecen antes de tiempo para despistar al gigante, Caperucita y el lobo se escapan del cuento enfadados porque el narrador es un bocazas que destripa la historia, la Gallinita Roja se pasa todo el libro dando la vara con su cuento que nadie le deja explicar, mientras Juan el narrador torea como puede con esta galería de personajes enloquecidos. Todo eso plasmado además en unas ilustraciones espectaculares. Es difícil no caer en las garras de *El Apestoso* (como le llamamos por aquí, ya que al fin y al cabo nos conocemos mucho) y que el alma –y la nariz– no se te encoja cuando percibes su presencia. Queríamos empezar la estancia en nuestra pequeña isla invitando a alguien con quien nunca nos aburriéramos... Y estábamos seguros de que *El Apestoso* no iba a defraudarnos.

De hecho, aquí seguimos. Maravillosamente estúpidos. Como los cuentos de *El apestoso hombre queso*.

José Díaz y Arianna Squilloni
www.thuleediciones.com

El apestoso hombre queso y otros cuentos maravillosamente estúpidos

John Scieszka, ilustraciones de Lane Smith

Barcelona: Thule, 2004

Valdemar

La publicación de un primer libro es lo más parecido a un parto, el parto de una madre primeriza. Uno puede llegar al mundo de la edición por diversos vericuetos: heredar la editorial de un familiar, haber trabajado algunos años previamente en alguna, o, como en nuestro caso, por ser aficionados a la literatura y a las buenas ediciones. En este último caso, que es el que yo conozco, la ilusión por crear una línea literaria y estética de calidad, como la que a ti te gustaría que te ofrecieran como lector, es directamente proporcional a la ignorancia sobre los medios técnicos para lograrlo.

La gestación del primer libro es ardua, laboriosa y está tan llena de satisfacciones como de decepciones. En 1986, que es cuando comenzó la aventura de Valdemar, no había escuelas ni masters de edición en España, y los consejos de otros profesionales estaban lejos de nuestro alcance, pues no proveníamos del mundo de la edición y apenas teníamos relaciones con otros editores. Fue pues, de algún modo, una gran temeridad; pero un atrevimiento paliado por el enorme interés que pusimos en desvelar ese mundo misterioso de las imprentas, las papeleras o las encuadernaciones. En nuestras primeras visitas a los talleres de artes gráficas para tomar contacto y pedir presupuestos debíamos disimular nuestra supina ignorancia sobre la materia al tiempo que, como esponjas, absorbíamos hasta la última gota de información que desprendían los comentarios y puntualizaciones de nuestro interlocutor. Somos, sí, autodidactas.

Meses antes habíamos llevado a cabo una exhaustiva investigación bibliográfica del género literario al que queríamos dedicarnos preferentemente: la literatura fantástica y de terror. Esta investigación constituyó una especie de catálogo básico o caldo de cultivo, del que aún hoy, veinte años después, todavía obtenemos algo de provecho. Una vez elegidos cuidadosamente los dos primeros títulos con los que pretendíamos darnos

a conocer al público lector español (*La rebelión de los ángeles* de Anatole France, y *La puerta abierta* de Margaret Oliphant), una vez asentado un diseño de cubierta e interiores tras muchas dudas y descartes; después de traducir nosotros mismos estas obras (nos sentíamos capaces, como hombres de letras, de llevarlo a cabo), y de recibir el beneplácito de un distribuidor de libros solvente (pieza fundamental en el éxito de toda pequeña editorial), tras infructuosos intentos por su parte de hacernos desistir de proyecto tan quimérico; entonces, y sólo entonces, el embarazo estaba ya maduro y comenzaron las referidas visitas al ginecólogo (artes gráficas). Nada de los muchos esfuerzos realizados llegaría a buen puerto si al final no éramos capaces de materializarlo en forma de libro, de una buena edición. Nos invadía la zozobra...

Finalmente, en diciembre de 1986, en unos días que nunca olvidaremos, llegaron los primeros ejemplares de la encuadernación a la oficina. Y tengo de ello, debo reconocerlo, un recuerdo agrí dulce, pues, a la enorme satisfacción de haber sido capaces de crear una editorial prácticamente de la nada, se unía el sinsabor de que sus dos primeros vástagos no eran todo lo preciosos que nuestros desvelos habían imaginado: el número de las páginas (folio) “bailaba” demasiado (mal plegado en la encuadernación), la tipografía elegida no era la más adecuada (demasiado pequeña en el primer libro y demasiado grande en el segundo), el papel era demasiado ligero en el primer título y grueso en el segundo. Pero quiso el destino que nos creyésemos ante aquel contratiempo, y, lejos de rendirnos, comenzó con aquellos libros una evolución en busca de la excelencia en la edición, en busca de los libros bien hechos, que aún no ha tocado a su fin, y que hasta el momento cuenta con un historial de más de quinientos títulos.

Juan Luis González Caballero
www.valdemar.com

La rebelión de los ángeles

Anatole France

Madrid: Valdemar, 1986

La puerta abierta

Margaret Oliphant

Madrid: Valdemar, 1986

